

Antes bruja que muerta

Kim Harrison



Traducción de Javier Fernández Córdoba
y Marta García Martínez



PANDORA

Título original: *Every Which Way But Dead*
Primera edición

© Kim Harrison, 2005

Ilustración de portada: © Opalworks

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

© Pandora Romántica es un sello de La Factoría de Ideas

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-563-9 Depósito Legal: B-6169-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Energía, 11-27

08850 Gavà (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 4

Para el chico que me regaló mi
primer par de esposas. Gra-
cias por estar ahí.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a las personas más cercanas a mí por su comprensión mientras me embrollaba con todo esto. Pero, lo más importante, me gustaría darle las gracias a mi agente, Richard Curtis, quien vio las posibilidades antes de que supiera que existían, y a mi editora, Diana Gill, quien condujo esas posibilidades y las hizo cobrar vida.



Respiré profundamente para tranquilizarme y tiré del borde de mis guantes para tapar la franja desnuda de piel en mi muñeca. Sentía los dedos entumecidos bajo el chaquetón mientras colocaba mi segundo recipiente más grande para hechizos junto a una pequeña lápida agrietada, con cuidado de no volcar el medio de transferencia. Hacía frío, y mi aliento salía en forma de vapor a la luz de la vela blanca y barata que había comprado de saldo hacía dos semanas.

Tras derramar algo de cera, dejé pegada la vela sobre la parte superior de la lápida. Sentí formarse un nudo en el estómago al fijar mi atención en la creciente bruma del horizonte, apenas discernible de las luces que envolvían la ciudad. La luna pronto ascendería, empezando ya a menguar tras haber pasado la luna llena. No era una buena ocasión para invocar demonios, pero vendría de todas formas aunque no lo llamase. Prefería encontrarme con Algaliarept bajo mis condiciones: antes de medianoche.

Mi rostro se contrajo al mirar hacia la iglesia brillantemente iluminada detrás de mí, donde vivíamos Ivy y yo. Ivy estaba encargándose de unos asuntos, ni siquiera era consciente de que yo había hecho un trato con un demonio, y mucho menos de que había llegado la hora de pagar sus servicios. Supongo que podría estar haciendo esto en la calidez del interior, en mi preciosa cocina, con mis materiales de hechicería y todas las comodidades modernas, pero invocar demonios en mitad de un cementerio poseía una perversa idoneidad, incluso con la nieve y el frío.

Además, deseaba llevar a cabo allí el encuentro para que mañana Ivy no tuviera que pasarse el día limpiando la sangre del techo.

Si resultaba ser sangre de demonio o la mía propia era una pregunta que esperaba no tener que responder. No me dejaría arrastrar a siempre jamás para convertirme en la sirvienta de Algaliarept. No podía permitirlo. Le había cortado en una ocasión y había sangrado. Si podía sangrar, es que podía morir. *Dios, ayúdame a sobrevivir a esto. Ayúdame a encontrar una forma de hacerlo bien.*

El tejido de mi abrigo hizo ruido al rodear mi cuerpo con los brazos mientras usaba mi bota para trazar torpemente un círculo de dos centímetros de profun-

didad en la crepitante nieve que se asentaba sobre la capa de arcilla roja donde había visto grabado un gran círculo. El bloque de piedra que abarcaba toda aquella extensión era un significativo indicador de dónde acababa la gracia de Dios para que el caos tomase el relevo. El anterior clérigo lo había dispuesto sobre la impura zona de tierra que una vez fue sagrada, bien para asegurarse de que nadie más era enterrado allí accidentalmente, o bien para desagraviar al elaborado ángel abatido y postrado que aprisionaba en el suelo. El nombre grabado en la enorme lápida había sido borrado a cincel, dejando tan solo las fechas. Quienquiera que fuese, había muerto en 1852, a la edad de veinticuatro años. Deseé que no fuese un presagio.

Enterrar a alguien bajo cemento para evitar que no volviese a surgir era algo que a veces funcionaba, y a veces no; pero en cualquier caso, el lugar ya no estaba santificado. Y como se encontraba rodeado por un terreno que aún estaba consagrado, lo convertía en un buen sitio para invocar a un demonio. En el peor de los casos, siempre podría escabullirme al terreno santificado y estar a salvo hasta que saliera el sol y Algaliarept fuese arrastrado a siempre jamás.

Mis dedos se mostraron temblorosos al extraer del bolsillo de mi abrigo un saquito de seda blanca lleno de sal que había sacado de mi bolsa de diez kilos. La cantidad era excesiva, pero yo quería un círculo resistente, y parte de la sal se diluiría al fundirse con la nieve. Miré al cielo para calcular dónde estaba el norte, descubriendo una marca sobre el círculo grabado, justo donde pensaba que debía estar. El hecho de que alguien hubiera usado aquel círculo para invocar demonios con anterioridad no me hacía sentir más segura. Invocar demonios no era ilegal ni inmoral; simplemente era algo muy, muy estúpido.

Realicé un lento recorrido desde el norte en el sentido de las agujas del reloj, pisando en paralelo a la parte exterior del rastro de sal mientras la dejaba caer cercando el monolito del ángel junto a la mayor parte del impío terreno. El círculo tendría unos cinco metros de diámetro, un recinto bastante amplio que por lo general requería al menos tres brujas para realizarlo y mantenerlo, pero yo era lo bastante buena como para canalizar todo ese poder de la línea luminosa por mi cuenta. Lo cual, ahora que lo pensaba, podría ser el motivo por el que el demonio estaba tan interesado en atraparme como su servidora más reciente.

Esta noche descubriría si mi contrato verbal, tan cuidadosamente pronunciado hacía tres meses, me mantendría con vida y sobre el lado correcto de las líneas luminosas. Había acordado convertirme voluntariamente en servidora de Algaliarept si testificaba contra Piscary; el truco estaba en que tenía que conservar mi alma.

El proceso había concluido oficialmente esta noche, dos horas después de la puesta de sol, sellando el demonio su parte del pacto y convirtiendo la mía en obligatoria. El hecho de que el vampiro no muerto que controlaba la mayor parte del inframundo de Cincinnati hubiera sido condenado a cinco siglos por los asesinatos de las mejores brujas luminosas de la ciudad apenas parecía tener importancia ahora. Especialmente cuando esperaba que sus abogados lo sacasen en un miserable siglo.

En este momento, la pregunta que estaba en la cabeza de todos a ambos lados de la ley era si Kisten, su principal sucesor, sería capaz de arreglárselas hasta que el vampiro no muerto saliese, porque Ivy no iba a hacerlo, sucesora o no. Si conseguía acabar la noche viva y con mi alma intacta, empezaría a preocuparme un poco menos por mí misma y un poco más por mi compañera, pero primero tenía que arreglar las cosas con ese demonio.

Con una dolorosa rigidez en los hombros, extraje del bolsillo de mi abrigo las velas de color verde lechoso y las situé sobre el círculo de forma que representaban las puntas de un pentáculo invisible. Las encendí con la vela blanca que había utilizado para realizar el medio de transferencia. Las diminutas llamas temblaron, y las vigilé por un momento para asegurarme de que no iban a apagarse antes de volver a fijar la vela sobre la agrietada lápida que había en el exterior del círculo.

El lejano sonido de un coche distrajo mi atención hacia las altas paredes que separaban el cementerio de nuestros vecinos. Me preparé para utilizar la línea luminosa; tiré de mi gorra de lana hacia abajo, me sacudí la nieve del dobladillo de mis vaqueros e hice una última comprobación de que tenía todo lo necesario. Pero no había nada más para retrasar el momento.

Dejé escapar otro lento suspiro y concentré mi atención en la diminuta línea luminosa que atravesaba el cementerio de la iglesia. Mi aliento silbó al pasar por mi nariz y, al estar tan entumecida, estuve a punto de perder el equilibrio y caer. La línea luminosa parecía haber absorbido el frío invernal, y me atravesaba con una frigidéz poco habitual. Extendí una de mis enguantadas manos para sostenerme con la ayuda de la lápida adornada con la vela encendida, mientras la incipiente energía continuaba acumulándose.

Una vez que las fuerzas se equilibraran, la energía sobrante fluiría de vuelta hacia la línea. Hasta entonces tenía que apretar los dientes y resistir que unas hormigueantes sensaciones ondearan sobre las falsas extremidades en mi mente que reflejaban mis auténticos dedos de las manos y pies. Cada vez era peor. Cada vez era más rápido. Cada vez era más parecido a una invasión.

A pesar de que pareció durar una eternidad, la energía se equilibró en un santiamén. Mis manos comenzaron a sudar y me invadió una incómoda sensación de frío y calor al mismo tiempo, como si tuviera fiebre. Me quité los guantes y los introduje en el fondo de un bolsillo. Los amuletos de mi pulsera tintineaban con claridad en el invernal silencio. No me serían de ayuda. Ni siquiera la cruz.

Quería establecer rápidamente mi círculo. De alguna manera, Algaliarept sabía cuándo activaba una línea, y tenía que invocarlo antes de que se mostrara por su cuenta y me arrebatase el hilo de poder que podría utilizar como su invocador. El recipiente de cobre para hechizos con el medio de transferencia estaba frío cuando lo recogí e hice algo que ninguna bruja que hubiera vivido para contarlo había hecho antes; di un paso hacia delante, situándome en el interior del mismo círculo en el que iba a invocar a Algaliarept.

Exhalé una bocanada de aire mientras permanecía frente al monumento del tamaño de una persona, fijado al suelo con cemento. El monolito estaba cubierto por una capa de oscura carbonilla, a causa de las bacterias y la polución de la

ciudad, otorgándole el aspecto de un ángel caído. La figura estaba inclinada, llorando sobre una espada sostenida horizontalmente en sus manos, como una ofrenda, tan solo añadida para incrementar la tétrica sensación. Había un nido de pájaros posado en el pliegue de las alas al juntarse con el cuerpo, y su superficie no parecía ser la correcta. Los brazos también eran demasiado largos para pertenecer a un humano o inframundano. Ni siquiera Jenks permitía que sus hijos jugasen a su alrededor.

—Por favor, que lo haga bien —le susurré a la estatua mientras movía mentalmente el blanquecino rastro de sal desde esta realidad a la de siempre jamás. Me tambaleé cuando la mayor parte de la energía acumulada en mi centro, salió para forzar el cambio. El medio borboteó en el recipiente de cobre y, aun sin haber encontrado el equilibrio, lo coloqué sobre la nieve antes de que se derramase. Mis ojos se dirigieron hacia las velas verdes. Se habían vuelto inexplicablemente transparentes al ser desplazadas a siempre jamás junto a la sal. Sin embargo, las llamas existían en ambos mundos, aportando su brillo a la noche.

El poder de la línea comenzó de nuevo a establecerse; el pausado crecimiento era tan incómodo como el raudo flujo inicial al activar una línea, pero el cerco de sal había sido reemplazado por la misma cantidad de realidad de siempre jamás, que se arqueaba en lo alto, cerrándose sobre mi cabeza. Nada más sólido que el aire podía atravesar las ondeantes líneas de realidad y, como era yo quien había dispuesto el círculo, solamente yo podía romperlo; suponiendo que, para empezar, lo hubiese hecho adecuadamente.

—Algaliarept, yo te invoco —susurré con el corazón desbocado. La mayoría utilizaba todo tipo de accesorios para invocar y sujetar a un demonio, pero como yo ya tenía un acuerdo con él, solamente tendría que decir su nombre y desear su presencia para hacerle cruzar las líneas. Qué suerte.

Se me encogió el estómago cuando un pequeño trozo de nieve se derritió entre el ángel y yo. La nieve humeaba; una nube de vapor rojizo se elevaba dibujando la silueta de un cuerpo que aún no tenía forma. Esperé; mi tensión se acrecentaba. Algaliarept alteraba su forma, atravesando mi mente sin que yo lo supiera para decidir qué era lo que más me asustaba. Una vez había sido Ivy. Después Kisten; hasta que lo inmovilicé en un ascensor, durante un absurdo instante de pasión vampírica. Es duro tenerle miedo a alguien después de haberle besado con lengua. Nick, mi novio, siempre obtenía un perro rabioso del tamaño de un poni.

Sin embargo, esta vez la niebla tenía una forma indudablemente humana, y supuse que se mostraría con la forma de Piscary; el vampiro que acababa de enviar a prisión; o quizá su imagen más típica de un joven caballero británico con un abrigo verde de falso terciopelo con faldones.

—Ya nada te asusta —dijo una voz desde la niebla, llamando mi atención.

Se trataba de mi propia voz.

—Oh, mierda —maldije antes de recoger mi recipiente para hechizos y retroceder hasta casi romper mi círculo. Iba a aparecer con mi forma. Odiaba que hiciera eso—. ¡No tengo miedo de mí misma! —grité, incluso antes de que terminara de formarse.

—Oh, sí que lo tienes.

Tenía el sonido correcto, pero la cadencia y el acento no eran los mismos. Me quedé mirando, fascinada, cómo Algaliarept adoptaba mi silueta, la dibujaba sugerentemente hacia abajo con sus manos, aplanaba su pecho hasta que este alcanzó el tamaño de mis lamentables formas femeninas y me otorgaba unas caderas que probablemente eran más curvilíneas de lo que merecían. Llevaba unos pantalones de cuero negro, un ajustado top rojo y unas sandalias negras de tacón alto que tenían un aspecto ridículo en mitad de un cementerio nevado.

Agitó su cabeza con los párpados levemente cerrados y la boca abierta para que mis rojos y ondulados rizos, que llegaban hasta los hombros, tomasen forma en la ralentizada neblina de siempre jamás. Lucía más pecas de las que yo pudiera tener, y mis ojos eran verdes, no las esferas rojas que mostraba al abrirlos. Los míos tampoco eran rasgados, como los de una cabra.

—Los ojos están mal —le aseguré antes de colocar mi recipiente para hechizos al borde del círculo. Apreté los dientes, maldiciendo que hubiese oído un temblor en mi voz.

Inclinando sus caderas, el demonio adelantó uno de sus pies calzados con sandalias y chasqueó los dedos. Unas gafas de sol se materializaron en sus manos, y se las puso, ocultando sus ojos antinaturales.

—Ahora están bien —contestó, y me estremecí de lo parecida que era su voz a la mía.

—No te pareces en nada a mí —le dije, sin ser consciente de haber perdido tanto peso, y decidí que podía volver a tomar batidos y patatas fritas.

Algaliarept sonrió.

—¿Y si me recojo el pelo? —se burló con falsa timidez mientras recogía la indómita masa de pelo y la sostenía en lo alto de mi, digo, de su cabeza. Se mordisqueaba los labios para enrojecerlos, y gemía retorciéndose como si tuviera atadas sus manos sobre la cabeza, igual que si estuviera practicando algún juego sexual. Se reclinó sobre la espada que sostenía el ángel, posando como si fuera una puta.

Me encogí hacia dentro en mi abrigo, con el cuello rodeado por la piel de imitación. Se oyó el pausado ruido de un coche al pasar en una calle lejana.

—¿Podemos ir al grano? Se me están congelando los pies.

Levantó su cabeza y sonrió.

—Eres tan aguafiestas, Rachel Mariana Morgan —pronunció con mi voz, pero después cambió a su habitual y exquisito acento británico—. Pero una rival más que digna. No obligarme a arrastrarte a siempre jamás demuestra una gran fortaleza mental. Voy a disfrutar doblegándote.

Me agité cuando una capa de energía de siempre jamás inundó su presencia. Estaba cambiando de forma otra vez; pero mis hombros se relajaron cuando adoptó su habitual imagen con encajes y terciopelo verde. Un oscuro y largo cabello y unas redondeadas gafas tintadas cobraron forma. Apareció su pálida piel y su rostro de rasgos acentuados, a juego con la elegancia de su cuidada silueta de cintura estrecha. Unas botas de tacón alto y un abrigo exquisitamente confeccionado le ponían la

guinda al disfraz, convirtiendo al demonio en un carismático y joven hombre de negocios del siglo dieciocho, con gran capacidad y seguridad en sí mismo.

Mis pensamientos me llevaron hasta la horripilante escena del crimen que había estropeado el pasado otoño, al tratar de relacionar los asesinatos de las mejores brujas luminosas de Cincinnati con Trent Kalamack. Al las había masacrado por orden de Piscary. Cada una de ellas había sufrido una muerte cruel para que él pudiera divertirse. Al era un sádico, el buen aspecto que lucía el demonio carecía de importancia.

—Sí, vayamos al grano —dijo al tiempo que tomaba un tarro con un polvo negro que olía a azufre, y esnifó profundamente una pizca. Se frotó la nariz y avanzó hasta golpear mi círculo con una bota, haciéndome retroceder.

—Es firme y bonito. Pero es frío. A Ceri le gusta que sea cálido.

«¿Ceri?» me pregunté mientras toda la nieve del interior del círculo se fundía con un destello de condensación. El aroma del asfalto mojado se elevó con fuerza, y después se desvaneció cuando el cemento se secó hasta quedar de un color rojo claro.

—Ceri —dijo Algaliarept; su voz me impresionaba con su tono suave, tan persuasivo como exigente—. Ven.

Contemplé cómo aparecía una mujer desde detrás de Algaliarept, aparentemente de la nada. Era delgada, su ovalado rostro estaba amarillento y sus pómulos se mostraban de una forma demasiado acentuada. Era bastante más baja que yo, con aspecto frágil y casi infantil. Tenía la cabeza agachada, y su pálido y translúcido cabello colgaba hasta la mitad de su espalda. Llevaba puesto un hermoso vestido que le caía sobre sus pies descalzos. Era algo exquisito; una exuberante seda teñida con intensos púrpuras, verdes y dorados; y se ajustaba a su voluptuosa figura como si lo llevara pintado sobre ella. A pesar de ser pequeña, estaba bien proporcionada, aunque tenía un aire quebradizo.

—Ceri —dijo Algaliarept, usando una de sus manos enguantadas de blanco para alzarle la cabeza. Sus ojos eran verdes, grandes y vacíos—. ¿Qué te dije sobre lo de andar descalza?

Un brillo de fastidio apareció en el rostro de la chica, lejano y distante tras el abstraído estado en el que se encontraba. Llamaron mi atención un par de zapatillas bordadas a juego que se materializaron junto a sus pies.

—Eso está mejor. —Algaliarept se apartó de ella y me sorprendió la imagen de la perfecta pareja que representaban en sus atuendos. Ella estaba preciosa con sus ropajes, pero su mente estaba tan vacía como lo hermosa que era; enajenada debido a la magia pura que el demonio la obligaba a contener, filtrando el poder de la línea luminosa a través de su mente para mantenerse él a salvo. El miedo encogió mi estómago.

—No la mates —susurré con la boca seca—. Ya no la necesitas. Déjala vivir.

Algaliarept se bajó sus gafas tintadas para mirar por encima de ellas, fijando sus ojos rojos sobre mí.

—¿Te gusta? —preguntó—. Es guapa, ¿verdad? Tiene más de mil años y no ha envejecido ni uno solo desde el día en que tomé su alma. Para serte sincero,

ella es la razón por la que me invitan a la mayoría de las fiestas. Se entrega sin una sola queja. Aunque, por supuesto, durante los primeros cien años todo eran lágrimas y llantos. Divertido, pero termina cansando. Vas a resistirte a mí, ¿no es así?

Apreté los dientes con fuerza.

—Devuélvele su alma, ahora que ya la has utilizado.

Algaliarept rió.

—¡Oh, eres un encanto! —exclamó dando una palmada con sus manos enguantadas—. Pero voy a devolvérsela de todas formas. La he mancillado más allá de la redención, dejando la mía razonablemente pura. Y la mataré antes de que tenga la ocasión de rogar misericordia a su dios. —Sus gruesos labios se abrieron en una desagradable sonrisa—. De todas formas, no es más que un truco, ya sabes.

Me quedé helada cuando la mujer se derrumbó, sin voluntad propia, en un pequeño amasijo púrpura, verde y dorado a sus pies. Moriría antes de permitir que me arrastrase a siempre jamás para convertirme en... convertirme en eso.

—Cabrón —musité.

Algaliarept hizo un gesto como diciendo: «¿Y qué?». Me volví hacia Ceri; localicé su pequeño rostro en la masa de tela y la ayudé a levantarse. De nuevo estaba descalza.

—Ceri —ordenó el demonio antes de dirigir su mirada hacia mí—. Debí haberla reemplazado hace cuarenta años, pero la Revelación lo hizo todo más difícil. Ni siquiera puede oír, a no ser que antes pronuncies su nombre. —Se volvió de nuevo hacia la mujer—. Ceri, se buena y trae el medio de transferencia que preparaste al anochecer.

Sentí un pinchazo en el estómago.

—Yo he preparado un poco —dije, y Ceri parpadeó; era el primer signo de comprensión que aparecía en su rostro. Me miró con unos ojos vacíos y solemnes, como si me estuviera viendo por primera vez. Dirigió su atención hacia el recipiente de hechizos que estaba a mis pies y las velas color verde lechoso a nuestro lado. El pánico invadió sus ojos al permanecer frente al monumento del ángel. Pensé que acababa de comprender lo que estaba pasando.

—Maravilloso —espetó Algaliarept—. Ya tratas de serme de utilidad, pero quiero el de Ceri. —Miró hacia Ceri; ella abrió su boca para mostrar unos diminutos y blancos dientes—. Sí, mi amor. Es la hora de tu jubilación. Tráeme mi caldero y el medio de transferencia.

Ceri realizó un ademán, nerviosa y reticente, y apareció entre nosotras un pequeño caldero con unas paredes de cobre más gruesas que mi muñeca. Ya estaba lleno de un líquido ambarino, con restos de geranio silvestre en la superficie como si se tratase de un gel.

El aroma a ozono se elevó al hacer más calor, y yo me desabroché el abrigo. Algaliarept tarareaba complacido, obviamente de muy buen humor. Me hizo una señal para que me acercara y avancé un paso, mientras palpaba el cuchillo

de plata escondido en mi manga. Mi pulso se aceleró y me pregunté si mi contrato bastaría para salvarme. Un cuchillo no iba a ser de mucha ayuda.

El demonio sonrió, mostrándome unos dientes lisos y regulares mientras se dirigía a Ceri.

—Mi espejo —solicitó; y la delicada mujer se inclinó para recoger un espejo mágico que no se encontraba allí un momento antes. Lo sostuvo ante Algaliarept como si fuera una mesa.

Tragué saliva al recordar la asquerosa sensación de expulsar mi aura hacia el interior de mi espejo mágico el pasado otoño. El demonio se quitó los guantes, dedo a dedo, y colocó sus rojizas manos de grandes nudillos sobre el cristal, extendidas. Tembló y cerró los ojos mientras su aura se precipitaba hacia el interior del espejo, derramándose desde sus manos como si fuera tinta, y cayendo sobre su reflejo.

—Introdúcelo en el medio, Ceri, cariño. Date prisa.

Ella casi jadeaba al llevar el espejo que contenía el aura de Algaliarept hasta el caldero. No debido al peso del espejo; era por el peso de lo que estaba ocurriendo. Me imagino que estaba reviviendo la noche en la que había estado en el lugar donde yo estaba ahora, contemplando a su predecesora como yo la contemplaba a ella. Debía de saber lo que iba a suceder, pero estaba tan muerta por dentro que tan solo podía hacer lo que se esperaba de ella. Y dado su evidente e inevitable pánico, yo sabía que quedaba algo en ella que merecía la pena salvar.

—Libérala —dije, encogida en mi horroroso abrigo mientras mis ojos saltaban de Ceri hasta el caldero, y después a Algaliarept—. Primero, libérala.

—¿Por qué? —Se miró desdeñosamente las uñas antes de volver a ponerse los guantes.

—Te mataré antes de permitir que me arrastres a siempre jamás, y quiero que primero la liberes.

Algaliarept rió larga y profundamente ante esa afirmación. El demonio apoyó una mano contra el ángel y se dobló casi hasta abajo. Un golpe apagado reverberó hacia arriba a través de mis pies, y la base de piedra se resquebrajó con el sonido de un disparo. Ceri se quedó mirando, con sus pálidos labios inmóviles y sus ojos moviéndose inquietos sobre mí. Parecía que algunas cosas empezaban a funcionar en ella, recuerdos y pensamientos, largamente contenidos.

—Vas a resistirte —apuntó Algaliarept, entusiasmado—. Estupendo. Sabía que lo harías. —Sus ojos se encontraron con los míos y sonrió con satisfacción mientras ajustaba el puente de sus gafas—. *Adsimulo calefacio*.

El cuchillo dentro de mi manga estalló en llamas. Con un sonoro quejido me deshice del abrigo. Chocó contra el borde de mi burbuja y se deslizó hacia abajo. El demonio me observaba.

—Rachel Mariana Morgan. Deja de colmar mi paciencia. Ven hasta aquí y recita la maldita invocación.

No tenía opción. Si no lo hacía, daría el acuerdo por violado, tomaría mi alma como prenda y me arrastraría a siempre jamás. Mi única oportunidad era concluir el acuerdo. Miré a Ceri, deseando que se apartara de Algaliarept, pero

se encontraba pasando sus dedos sobre las fechas grabadas en la agrietada lápida; su piel cetrina estaba ahora incluso más pálida.

—¿Recuerdas la maldición? —inquirió Algaliarept cuando me puse a la altura del caldero, que me llegaba hasta las rodillas.

Le eché un vistazo a su interior, sin sorprenderme de que el aura del demonio fuese negra. Asentí, sintiéndome desfallecer mientras mis pensamientos retrocedían a cuando había convertido a Nick en mi familiar accidentalmente. ¿Había sido tan solo hacía tres meses?

—Sí, aunque solo traducida —susurré. *Nick. Oh, Dios. No te he dicho adiós.* Se había mostrado tan distante últimamente que no había encontrado el valor para decírselo. No se lo había dicho a nadie.

—Eso bastará. —Sus gafas se desvanecieron y sus malditos ojos de cabra se clavaron en mí. Mi corazón se aceleró, pero ya había tomado esa decisión. Por ella viviría o moriría.

La voz de Algaliarept se deslizó entre sus labios, profunda y resonante, haciendo que todo mi interior pareciera vibrar. Hablaba en latín, con palabras familiares, aunque no conocidas; era como la visión de un sueño.

—*Pars tibi, totum mihi. Vincit vinculis, prece factis.*

—«Parte para ti» —traduje yo, recitando las palabras de memoria—, «pero todo para mí. Unidos por un vínculo, ese es mi ruego».

La sonrisa del demonio se ensanchó, provocándome un escalofrío debido a su confianza.

—*Luna servata, lux sanata. Chaos statutum, pejes minutum.*

Tragué saliva.

—«Bajo la seguridad de la luna, la luz sana» —musité—. «Caos decretado, en vano sea nombrado.»

Los nudillos de Algaliarept, cerrados sobre el recipiente, palidecían de impaciencia.

—*Mentem tegens, malum ferens. Semper servis dum duret mundus*—pronunció, y Ceri sollozó, con el sonido de un gatito, súbitamente contenido—. Continúa —ordenó Algaliarept, con sus rasgos emborronados por la excitación—. Dilo e introduce tus manos.

Vacilé; mis ojos se posaron en la ruinosa figura de Ceri, junto a la lápida; su vestido era un pequeño charco de colores.

—Primero absuélveme de una de las deudas que tengo contigo.

—Eres una zorra caprichosa, Rachel Mariana Morgan.

—¡Hazlo! —exigí—. Dijiste que lo harías. Retira una de tus marcas.

Se inclinó sobre el recipiente hasta que pude ver mi reflejo en sus gafas, mis ojos abiertos y asustados.

—Da lo mismo. Acaba el conjuro y sométete a él.

—¿Estás diciendo que no vas a cumplir nuestro trato? —insistí, y él se rió.

—No. En absoluto, y si estabas esperando romper nuestro acuerdo basándote en eso, es que eres tristemente ingenua. Retiraré una de mis marcas, pero todavía me debes un favor. —Se relamió los labios—. Y, como mi familiar, tú... me perteneces.

Una nauseabunda mezcla de miedo y alivio sacudió mis rodillas y contuve el aliento para no marearme. Pero tenía que cumplir del todo mi parte del trato antes de comprobar si mis esperanzas eran fundadas y podía colar la trampa para el demonio por una pequeña rendija llamada «elección».

—«Al abrigo de la mente» —dije con voz temblorosa—, «portador de dolor. Cautivos hasta que los mundos mueran.»

Algaliarept emitió un sonido de satisfacción. Apreté los dientes y sumergí las manos en el caldero. El frío sacudió mi interior, dejándolas entumecidas. Las saqué de inmediato. Las contemplé, aterrada, sin percibir cambio alguno en el esmalte rojo de mis uñas.

Entonces fue cuando el aura de Algaliarept se filtró más en mi interior, alcanzando mi *chi*.

Mis ojos parecían hincharse de agonía. Tomé una gran bocanada de aire para gritar, pero no pude dejarlo salir. Vi a Ceri con el rabillo del ojo, con los ojos perdidos en su memoria. Al otro lado del caldero, Algaliarept sonreía. Mientras me ahogaba, luché por respirar a la vez que el aire parecía transformarse en aceite. Caí sobre mis manos y rodillas, lastimándomelas contra el cemento. Con el pelo cayendo sobre mi rostro, intenté contener las arcadas. No podía respirar. ¡No podía pensar!

El aura del demonio era un manto blanco empapado de ácido que me asfixiaba. Me envolvía por dentro y por fuera, y mi fuerza era acorralada por su poder. Exprimía mi voluntad hasta aniquilarla. Sentí latir mi corazón una vez, y luego otra. Tomé aliento temblorosamente, resistiendo el intenso sabor a vómito. Iba a sobrevivir. Tan solo su alma no podía matarme. Podía resistirlo. Claro que podía.

Levanté la mirada de forma trémula mientras la conmoción perdía intensidad hasta convertirse en algo que podía soportar. El caldero había desaparecido, y Ceri se encontraba casi acurrucada detrás de la enorme lápida, junto a Algaliarept. Tomé aliento, incapaz de saborear el aire a través del aura del demonio. Me moví, incapaz de sentir el áspero cemento que arañaba las yemas de mis dedos. Todo estaba difuso, todo sonaba apagado, como si oyera a través de algodón.

Todo excepto el poder de la cercana línea luminosa. Podía sentir su vibración a treinta metros de distancia, como si fuera un cable de alta tensión. Me puse en pie, jadeante, para descubrir con sorpresa que podía verla. Podía verlo todo como si estuviera usando mi percepción extrasensorial; pero no la estaba usando. Mi estómago se agitó al ver que mi círculo, antes teñido con un alegre matiz dorado, estaba ahora cubierto de negro.

Me volví hacia el demonio, viendo la espesa y negra aura que le rodeaba, y consciente de que una buena parte de ella cubría a la mía. Luego miré a Ceri, y apenas fui capaz de distinguir sus rasgos, dada la enorme fuerza del aura de Algaliarept que había sobre ella. Ceri no poseía un aura para combatir la del demonio, ya que la había perdido ante él. Y era eso en lo que depositado toda mi esperanza.

Si retenía mi alma, aún conservaba mi aura, asfixiada bajo la de Algaliarept. Y con mi alma, tenía libre voluntad. Al contrario que Ceri, yo podía negarme. Lentamente, fui recordando cómo.

—Libérala —espeté—. He recibido tu maldita aura. Ahora libérala.

—Oh, ¿por qué no? —dijo el demonio entre risas mientras se frotaba sus manos enguantadas—. Matarla será una magnífica forma de comenzar tu aprendizaje. ¿Ceri?

La pequeña mujer se puso en pie con la cabeza alta y el ovalado rostro invadido por el pánico.

—Ceridwen Merriam Dulciate —dijo el demonio—. Te devuelvo tu alma antes de matarte. Puedes agradecerérselo a Rachel.

Me sobresalté. ¿Rachel? Antes siempre me había llamado Rachel Mariana Morgan. Al parecer, al ser su familiar, ya no era merecedora de mi nombre completo. Eso me molestó.

Ceri emitió un leve sonido, tambaleándose. Con mi nueva visión, contemplé cómo el lazo de Algaliarept se soltaba de ella. El más tenue y delicado destello de puro azul la cubrió; era su retornada alma tratando de rodearla con su protección; entonces se desvaneció bajo los cientos de años de oscuridad en los que el demonio había acogido su alma mientras había permanecido en su poder. Su boca se movió, pero no podía hablar. Sus ojos se volvían vidriosos al jadear, al respirar aceleradamente, y salté hacia delante para recogerla en su caída. Con esfuerzo, la arrastré de vuelta hasta el límite del círculo.

Algaliarept salió detrás de ella. La adrenalina se disparó. Solté a Ceri. Tras enderezarme, me decidí.

—¡*Rhombus!*—exclamé, la palabra de invocación que había estado practicando durante tres meses para conjurar un círculo sin dibujarlo antes.

Con un poder que me hizo tambalearme, mi nuevo círculo apareció con una explosión, sellándonos a Ceri y a mí en un segundo círculo más pequeño en el interior del primero. Mi círculo carecía de un objeto físico en el que centrarse, por lo que el exceso de energía salió por todas partes, en lugar de permanecer tras la línea luminosa, como debe ser. El demonio maldijo, encogido hasta que se lanzó contra el interior de mi círculo original, todavía funcional. Con un sonido metálico que reverberó a través de mí, mi primer círculo se rompió y Algaliarept cayó al suelo.

Apoyé mis manos en las rodillas respirando pesadamente. Algaliarept me guiñó desde el cemento, antes de lucir una perversa sonrisa.

—Compartimos un aura, cariño —explicó—. Tu círculo ya no puede detenerme. —Su sonrisa se ensanchó—. Sorpresa —canturreó levemente, poniéndose en pie y tomándose su tiempo para sacudirse meticulosamente su abrigo de terciopelo brillante.

Oh, Dios. Si mi primer círculo no lo había detenido, tampoco lo haría el segundo. Había imaginado que aquello podía ocurrir.

—¿Ceri? —susurré—. Levántate. Hay que moverse.

Los ojos de Algaliarept miraron detrás de mí, hacia el terreno consagrado que nos rodeaba. Mis músculos se tensaron.

El demonio se abalanzó. Con un chillido, tiré de Ceri hacia atrás. Apenas percibí la oleada de siempre jamás fluyendo dentro de mí debido a la fractura del círculo.

Me quedé sin aliento al chocar con la tierra; Ceri estaba encima de mí. Todavía sin respirar, empujé desesperadamente con mis talones sobre la nieve, alejándonos de allí. Notaba la aspereza de los adornos dorados en el vestido de baile de Ceri bajo mis dedos, y tiré de ella hacia mí hasta estar segura de que ambas nos encontrábamos en terreno sagrado.

—¡Malditas seáis! —exclamó Algaliarept, furioso, desde el borde del cemento. Me levanté temblando, sin aliento, y contemplé al frustrado demonio.

—¡Ceri! —exclamó el demonio, y un aroma a ámbar quemado se elevó en el aire cuando colocó su pie al otro lado de la barrera invisible y lo retiró de inmediato—. ¡Tráemela! ¡O ensuciaré tu alma de tal forma que tu querido dios no te permitirá la entrada por mucho que supliques!

Ceri gimió, agarrada a mi pierna mientras se encogía, ocultando su rostro, tratando de resistirse a un centenar de años de sometimiento. Mi rostro se contrajo de ira. *Esta podría haber sido yo. Todavía podría serlo.*

—No dejaré que vuelva a hacerte daño —le aseguré, dejando caer una mano sobre su hombro—. Si puedo impedir que te haga daño, lo haré.

Sentí su temblor al agarrarme, y pensé que parecía una niña a la que han propinado una tunda.

—¡Eres mi familiar! —gritó el demonio, entre escupitajos—. ¡Rachel, ven aquí!

Sacudí la cabeza, más fría que la nieve bajo mis pies.

—No —dije simplemente—. No pienso ir a siempre jamás. No puedes obligarme.

Algaliarept casi se atragantó, de pura incredulidad.

—¡Lo harás! —atronó, y Ceri me agarró la pierna con más fuerza—. ¡Me perteneces! ¡Eres mi maldito familiar! Te di mi aura. ¡Tu voluntad es mía!

—No, no lo es —le informé, temblando por dentro. Funcionaba. Gracias a Dios, funcionaba. Mis ojos se humedecieron y me di cuenta de que casi estaba llorando de alivio. No podía atraparme. Puede que fuera su familiar, pero no poseía mi alma. Podía negarme.

—¡Eres mi familiar! —rugió, y Ceri y yo chillamos cuando volvió a intentar cruzar hasta el terreno sagrado y volvió a retroceder.

—¡Soy tu familiar! —le respondí asustada—. ¡Y te digo que no! ¡Prometí que sería tu familiar y así es, pero no pienso ir a siempre jamás contigo, y no puedes obligarme!

Los estrechos ojos de cabra de Algaliarept se entrecerraron. Retrocedió, y yo me enderecé cuando volvió a asomar su ira.

—Acordaste que serías mi familiar —dijo con suavidad; el humo ascendía desde sus brillantes botas de hebilla mientras rodeaban el círculo de tierra no consagrada—. Ven aquí ahora mismo, o daré por roto nuestro acuerdo y tu alma será mía por incumplimiento.

Doble o nada. Sabía que llegaría a esto.

—Tengo tu apetosa aura sobre mí —dije mientras Ceri se estremecía—. Soy tu familiar. Si lo que crees es que ha habido un incumplimiento del contrato,

entonces trae a alguien aquí para que juzgue lo que ha ocurrido antes de que salga el sol. ¡Y quítame una de estas malditas marcas demoníacas! —exigí, sosteniendo en alto mi muñeca.

Mi brazo tembló, y Algaliarept emitió un desagradable sonido desde la profundidad de su garganta. La prolongada exhalación hizo que mis entrañas se estremecieran, y Ceri se decidió a mirar al demonio.

—No puedo utilizarte como familiar si estás en el lado incorrecto de las líneas —adujo, obviamente pensando en voz alta—. El vínculo no es lo bastante fuerte...

—Ese no es mi problema —le interrumpí, con espasmos en las piernas.

—No —admitió Algaliarept. Enlazó sus manos enguantadas detrás de su espalda, dejando caer su mirada sobre Ceri. La profunda furia de sus ojos me hacía palidecer de terror—. Pero voy a convertirlo en tu problema. Me has robado a mi familiar y me dejas sin nada. Me has engañado para que te permita evitar el pago por un servicio. Si no puedo arrastrarte hasta aquí, encontraré una manera de utilizarte a través de las líneas. Y jamás te dejaré morir. Pregúntale a ella. Pregúntale por su eterno sufrimiento. Te está esperando, Rachel. Y no soy un demonio paciente. No puedes esconderte en terreno sagrado para siempre.

—Márchate —le dije con la voz alterada—. Yo te llamé para que vinieras. Ahora te digo que te marches. Quítame una de estas marcas y márchate. Ahora. —Yo lo había invocado y, por lo tanto, tenía que someterse a las reglas de invocación; incluso si yo era su familiar.

Dejó escapar un largo suspiro, y creí que la tierra se movía. Sus ojos se oscurecieron. Más y más negros, y luego aún más. *Oh, mierda.*

—Encontraré la forma de establecer un vínculo lo bastante fuerte contigo a través de las líneas —aseguró—. Y te traeré, con el alma intacta. Caminas a este lado de las líneas temporalmente.

—Ya he estado condenada antes —respondí—. Mi nombre es Rachel Mariana Morgan. Úsalo. Y quítame una de estas marcas o haré que lo pierdas todo.

Voy a salirme con la mía. He sido más lista que un demonio. Saberlo era emocionante, pero estaba demasiado asustada como para que tuviese demasiada importancia.

Algaliarept me lanzó una mirada gélida. Después miró a Ceri, y luego desapareció.

Chillé de dolor al arder mi muñeca, pero lo recibí de buen grado, encogida mientras sujetaba con la otra mano mi muñeca marcada de forma demoníaca. Dolía; dolía como si los perros del infierno la estuvieran mordiendo, pero cuando se aclaró mi vista borrosa, tan solo había una línea que cruzaba el círculo grabado, y no dos.

Me derrumbé jadeante durante el último inciso de dolor, dejando caer todo mi cuerpo. Levanté la cabeza y saboreé una limpia bocanada de aire, tratando de aliviar mi estómago. El demonio no podía utilizarme si nos encontrábamos en los lados opuestos de las líneas luminosas. Aún era yo misma, aunque estaba cubierta por el aura de Algaliarept. Lentamente, mi percepción extrasensorial se diluyó y

el color rojo de la línea luminosa se desvaneció. El aura de Algaliarept se hacía más llevadera, reduciéndose hasta ser casi una inadvertida sensación, ahora que el demonio se había marchado.

Ceri me soltó. Al acordarme de ella, me incliné para ofrecerle una mano para levantarla. Ella se quedó mirándola estupefacta, examinándose mientras colocaba una de sus pálidas y delgadas manos sobre la mía. Todavía a mis pies, la besó como en un formal gesto de agradecimiento.

—No, no hagas eso —le dije, girando la mano para agarrar la suya y tirar de ella hasta levantarla de la nieve.

Los ojos de Ceri se inundaron y las lágrimas empezaron a caer, mientras ella lloraba silenciosamente por su libertad; la mujer ultrajada y elegante resultaba hermosa en su lloroso y callado regocijo. La rodeé con uno de mis brazos, proporcionándole todo el consuelo que podía. Ceri se inclinó hacia delante y me abrazó con más fuerza.

Caminé a trompicones hasta la iglesia, tras dejar todo donde estaba y permitir que las velas se consumiesen por su cuenta. Mis ojos estaban clavados en la nieve y, mientras Ceri y yo dejábamos un doble rastro de pisadas sobre el único que venía hasta aquí, me pregunté qué demonios iba a hacer con ella.



Estábamos a medio camino de la iglesia cuando me di cuenta de que Ceri arrastraba sus pies descalzos sobre la nieve.

—¿Dónde están tus zapatos?

La llorosa mujer hipó bruscamente. Tras enjugar sus lágrimas, miró hacia abajo. Un destello rojizo de siempre jamás se arremolinó sobre los dedos de sus pies, y aparecieron un par de zapatillas de encaje quemadas en sus pies diminutos. Sus rasgos, iluminados por la luz del porche, se vieron alterados por la sorpresa.

—Están quemados —señalé mientras ella se los quitaba sacudiendo los pies. Unos fragmentos de carbonilla se pegaron a su cuerpo, con aspecto de heridas negras—. A lo mejor el Gran Al ha tenido una rabieta y está quemando tus cosas.

Ceri asintió en silencio, con la sombra de una sonrisa aflorando en sus azulados labios ante el ofensivo apodo que usaba para no pronunciar el nombre del demonio delante de los que no lo conocían.

Reinicié nuestra marcha.

—Bueno, tengo un par de zapatillas que pueden servirte. ¿Y qué tal un café? Estoy calada hasta los huesos.

¿Un café? ¿Acabamos de escapar de un demonio y le estoy ofreciendo café?

No respondió; sus ojos se dirigían hacia el porche de madera que llevaba hasta los alojamientos en la parte de atrás de la iglesia. Su mirada voló hacia el santuario que había detrás y a su torre campanario.

—¿Eres sacerdotisa? —susurró con una voz acorde al helado jardín, pura y cristalina.

—No —respondí a la vez que intentaba no resbalar en los escalones—. Yo solo vivo aquí. Ya no es una auténtica iglesia. —Ceri parpadeó y yo continué—. Es algo difícil de explicar. Vamos, entra.

Abrí la puerta trasera y entré la primera, ya que Ceri agachó la cabeza y no quiso hacerlo. La calidez del cuarto de estar fue como una bendición para mis mejillas heladas. Ceri se detuvo en seco ante el umbral cuando unas pixies pasaron volando con un chillido desde la repisa sobre la vacía chimenea, huyendo del frío. Dos adolescentes pixies varones le echaron un buen vistazo a Ceri antes de continuar a un ritmo más pausado.

—Pixies —me apresuré a decir, al recordar que tenía más de mil años. Si no era una inframundana, entonces jamás los habría visto, y creería que no eran más que personajes de cuentos de hadas—. ¿Los has visto antes? —inquirí, sacudiéndome la nieve de las botas.

Ceri asintió, cerrando la puerta detrás de ella, y me sentí aliviada. Su adaptación a la vida moderna sería más sencilla si no tenía que acostumbrarse a que brujas, hombres lobo, pixies, vampiros y cosas así fueran reales además de a la televisión y los teléfonos móviles; pero cuando sus ojos se posaron sobre el costoso equipo multimedia de Ivy con tan solo un ligero interés, hubiera querido apostar a que las cosas al otro lado de las líneas luminosas estaban tan avanzadas tecnológicamente como aquí.

—¡Jenks! —exclamé hacia la parte delantera de la iglesia, donde él y su familia vivían durante los meses de invierno—. ¿Puedes venir un momento?

El agudo zumbido de las alas de libélula resonó en el cálido aire.

—Oye, Rache —dijo el pequeño pixie al entrar—. ¿Qué es eso que mis hijos están diciendo acerca de un ángel? —Se detuvo en posición suspendida, mirando detrás de mí con los ojos muy abiertos y su corto pelo rubio agitándose.

¿Ángel, eh?, pensé al volverme hacia Ceri para presentarla.

—Oh, no, por Dios —espeté tirando de ella para enderezarla. Había estado recogiendo la nieve que me había sacudido de mis botas y la sostenía en su mano. La visión de su delicada figura envuelta en aquel exquisito vestido dedicándose a recoger mi basura era demasiado—. Por favor, Ceri —le dije, quitándole la nieve antes de soltarla sobre la alfombra—. No lo hagas.

Un gesto de extrañeza frunció el suave ceño de la pequeña mujer. Tras emitir un suspiro, realizó una mueca de disculpa. No creo que ni siquiera se hubiera dado cuenta de lo que hacía hasta que la detuve.

Me volví hacia Jenks y vi que sus alas habían cobrado un tono más rojizo al acelerarse su circulación.

—¿Qué demonios? —murmuré, mirándose los pies. El polvo de pixie se derramaba sin darse cuenta, dejando una brillante mancha sobre la alfombra gris. Llevaba puesta su informal ropa de jardinería, hecha de una ajustada seda verde, con la que parecía un Peter Pan en miniatura y sin el sombrero.

—Jenks —le dije poniendo una mano sobre el hombro de Ceri para tirar de ella hacia delante—. Esta es Ceri. Va a quedarse un tiempo con nosotros. Ceri, este es Jenks, mi compañero.

Jenks se apresuró a adelantarse antes de volver a retroceder, hecho un manojo de nervios. Ceri me dedicó una mirada de asombro y luego a él.

—¿Compañero? —inquirió, llevando su atención hacia mi mano izquierda.

De repente lo comprendí y me ruboricé.

—Mi compañero de trabajo —aclaré, comprendiendo que ella había pensado que estábamos casados. ¿Cómo diablos podrías casarte con un pixie? ¿Y por qué diablos ibas a hacerlo?—. Trabajamos juntos como cazarrecompensas.

Tras quitarme la gorra de lana roja, la dejé junto a la chimenea para que pudiera secarse sobre la piedra y me sacudí los mechones de pelo aplastados. Había dejado el abrigo fuera, pero no iba a salir a buscarlo ahora.

Ceri se mordisqueaba el labio, confundida. El calor de la habitación había hecho que tomasen un tono más vivo, y el color empezaba a regresar a sus mejillas.

Con un seco aleteo, Jenks se acercó revoloteando, de forma que mi pelo se agitó con el aire desprendido por el movimiento de sus alas.

—No es muy aguda, ¿verdad? —señaló y, cuando hice ademán de que se apartase, colocó las manos en sus caderas—. Nosotros... somos... los buenos. Detenemos... a los malos —aclaró suspendido sobre Ceri, hablando despacio y con fuerza, como si ella fuese dura de oído.

—Guerreros —dijo Ceri sin mirarle debido a que sus ojos estaban fijos en las cortinas de cuero de Ivy, las lujosas sillas de ante y el sofá. La habitación era una invitación a la comodidad, todo ello salido del bolsillo de Ivy, no del mío.

Jenks rió, y sonó como unas campanillas de viento.

—Guerreros —repitió con una sonrisa—. Sí. Somos guerreros. Ahora vuelvo, tengo que contarle eso a Matalina.

Salió disparado de la habitación volando a la altura de la cabeza y relajé los hombros.

—Perdona por eso —me disculpé—. Le pedí a Jenks que trasladase aquí a su familia durante el invierno después de que admitiera que suele perder dos niños cada primavera debido al trastorno de hibernación. A Ivy y a mí nos están volviendo locas, pero prefiero no tener intimidación durante cuatro meses a que Jenks comience la primavera con ataúdes pequeñitos.

Ceri asintió.

—Ivy —repitió en voz baja—. ¿Es tu compañera?

—Sí. Igual que Jenks —añadí despreocupadamente para asegurarme de que realmente lo comprendía. Sus inquietos ojos lo estaban analizando todo y, lentamente, me desplazé hacia el pasillo.

—*Ejem*, ¿Ceri? —le dije, sin estar segura hasta que empezó a seguirme—. ¿Prefieres que te llame Ceridwen?

Escudriñó a lo largo del oscuro pasillo hasta el santuario, tenuemente iluminado, siguiendo con su mirada los sonidos de los niños pixies. Se suponía que debían estar en la parte delantera de la iglesia, pero se metían por todas partes, y sus chillidos y quejidos se habían convertido en la música de fondo.

—Ceri, por favor.

Su personalidad estaba regresando a ella más rápidamente de lo que hubiera creído posible, pasando del silencio a las frases cortas en cuestión de minutos. En su forma de hablar había una curiosa mezcla de modernidad y encanto del mundo antiguo que probablemente le venía de haber estado tanto tiempo viviendo con demonios. Se detuvo ante el umbral de mi cocina, con los ojos muy abiertos al verla al completo. No creo que fuese por el impacto cultural. La mayoría de personas sufría una reacción similar al ver mi cocina.

Era enorme, con un hornillo de gas y otro eléctrico, de forma que pudiera cocinar en uno y preparar hechizos en el otro. El frigorífico era de acero inoxidable y lo bastante grande como para meter una vaca en su interior. Había una ventana corredera desde la que se contemplaba el jardín nevado y el cementerio, y mi pez

beta, el señor Pez, nadaba feliz en una copa de brandi sobre el alféizar. Las luces fluorescentes iluminaban la amplia encimera de resplandeciente cromo que no desentonaría si estuviera ante las cámaras de un programa de cocina.

A su vez, llamaba la atención una isla central con un estante lleno con mi equipo de hechicería y las hierbas secas recogidas por Jenks y su familia, que ocupaba gran parte del espacio. La antigua y extensa mesa de Ivy ocupaba el resto. La mitad estaba meticulosamente dispuesta como su despacho, con su ordenador (más rápido y potente que un paquete de laxantes de tamaño industrial), archivos ordenados por colores, mapas y los marcadores que utilizaba para organizar sus cacerías. La otra mitad de la mesa era mía, y estaba vacía. Ojalá pudiera decir que era por pulcritud, pero cuando yo iba de cacería, cazaba. No lo planificaba hasta la saciedad.

—Siéntate —le ofrecí despreocupadamente—. ¿Qué tal un poco de café?

¿Café?, pensé mientras me acercaba a la cafetera y me deshacía de los posos viejos. ¿Qué iba a hacer con ella? No se trataba de un gatito perdido. Ceri necesitaba ayuda. Ayuda profesional.

Ceri me observaba, una vez más con la mirada perdida.

—Yo... —balbucó, con un aspecto asustado y frágil en su elegante atuendo. Miré mis vaqueros y mi jersey rojo. Aún llevaba puestas mis botas para la nieve, y me sentí estúpida.

—Toma —le dije sacando una silla—. Voy a hacer un poco de té. *Tres pasos hacia delante y uno hacia atrás*, pensé cuando ella ignoró la silla que le había ofrecido y usó en cambio la que había frente al ordenador de Ivy. Puede que el té fuese más apropiado, teniendo en cuenta que ella tenía más de mil años. ¿*Tendrían café en aquellos tiempos?*

Yo contemplaba mis estantes, tratando de recordar si teníamos alguna tetera, cuando Jenks y unos quince de sus hijos hicieron acto de presencia, hablando todos a la vez. Sus voces eran tan agudas y aceleradas que me provocaban dolor de cabeza.

—Jenks —le rogué, mirando hacia Ceri. Ya parecía lo suficientemente confusa—. Por favor.

—No van a hacer nada —protestó de forma beligerante—. Además, quiero que la olfateen como es debido. No sabría decir lo que es, apesta a ámbar quemado que es una barbaridad. ¿Pero quién es, y qué estaba haciendo descalza en nuestro jardín?

—Esto... —musité, con súbita cautela. Los pixies tenían un olfato excelente, eran capaces de saber de qué especie era cualquier cosa con tan solo olerla. Tuve el pálpito de que yo sabía lo que era Ceri, y en realidad no quería que Jenks lo averiguase.

Ceri levantó su mano a modo de columpio, sonriendo angelicalmente a las dos chicas pixies, quienes rápidamente se posaron sobre ella; sus vestidos de seda verde y rosa se agitaban ante la brisa que provocaban sus alas de libélula. Se encontraban parlotando amigablemente de la forma en la que lo hacen las chicas pixies, aparentando ser estúpidas pero en realidad conscientes hasta del último ratón que se esconde bajo el frigorífico. Estaba claro que Ceri había visto

pixies con anterioridad. Eso la convertiría en inframundana si tenía mil años de edad. La Revelación, cuando todos salimos de nuestro escondite para vivir abiertamente con los humanos, tan solo había ocurrido cuarenta años atrás.

—¡Eh! —exclamó Jenks al ver que sus hijos la estaban monopolizando, y se marcharon de la cocina revoloteando en un caleidoscópico remolino de color y sonido. Ocupó su lugar de forma inmediata, indicando a su hijo mayor, Jax, que se posara sobre la pantalla del ordenador que había detrás de ella.

—Hueles igual que Trent Kalamack —le espetó sin rodeos—. ¿Qué eres?

Me invadió una sensación de ansiedad y me volví, dándoles la espalda. *Maldita sea, yo estaba en lo cierto*. Era una elfa. Si Jenks se enteraba, lo contaría por todo Cincinnati en cuanto subiese la temperatura y pudiese salir de la iglesia. Trent no deseaba que el mundo supiera que los elfos habían sobrevivido a la Revelación, y rociaría todo el edificio con agente naranja para acallar a Jenks.

Me volví y agité frenéticamente mis dedos ante Ceri, simulando cerrar mi boca con una cremallera. Al darme cuenta de que no tenía ni idea de lo que quería decirle, puse un dedo sobre mis labios. La mujer me lanzó una mirada interrogativa y volvió a mirar a Jenks.

—Soy Ceri —dijo seriamente.

—Ya, ya —replicó Jenks con impaciencia apoyando las manos en sus caderas—. Lo sé. Tú eres Ceri. Yo soy Jenks. Pero ¿qué eres? ¿Eres una bruja? Rachel es una bruja.

Ceri miró hacia mí y luego apartó la mirada.

—Soy Ceri.

Las alas de Jenks se detuvieron, cambiando de azul a rojo.

—Ya —repitió—. ¿Pero de qué especie? Mira, yo soy un pixie, y Rachel es una bruja. Tú eres...

—Ceri —insistió.

—Eh, Jenks —le dije, al tiempo que los ojos de la chica se entrecerraban. Los pixies no habían logrado averiguar qué eran los Kalamack en toda la existencia de la familia. Averiguarlo le daría a Jenks más prestigio en el mundo pixie que si eliminase a un clan de hadas al completo por sí solo. Advertí que se encontraba al límite de su paciencia cuando aleteó para elevarse por detrás de ella.

—¡Maldita sea! —exclamó Jenks, con frustración—. ¿Qué demonios eres, mujer?

—¡Jenks! —grité alarmada cuando la mano de Ceri surgió como un rayo, atrapándolo. Jax, su hijo, dejó escapar un aullido, dejando una nube de polvo de pixie al salir volando hacia el techo. La hija mayor de Jenks, Jih, miró desde detrás de la arcada del techo, con un destello rosado en sus alas.

—¡Oye! ¡Suéltame! —exclamó Jenks. Sus alas se agitaron furiosamente, pero no pudo escapar a ninguna parte. Ceri tenía cogidos sus pantalones entre el pulgar y el índice. Sus reflejos eran incluso mejores que los de Ivy si tenía el suficiente control para ser así de precisa.

—Soy Ceri —dijo, apretando sus finos labios mientras Jenks continuaba atrapado—. Y hasta mi demonio captor tenía el suficiente respeto como para no maldecir en mi presencia, pequeño guerrero.

—Sí, señora —respondió Jenks, de forma sumisa—. ¿Puedo irme ya?

Ceri elevó una de sus pálidas cejas, una destreza que yo envidiaba, y luego me miró esperando una orden. Asentí enérgicamente, todavía impresionada de lo rápida que había sido. Ceri lo soltó sin mostrar sonrisa alguna.

—Supongo que no eres tan lenta como creía —espetó Jenks, malhumorado.

El disgusto pixie me trajo su aroma a fertilizante al retirarse hacia mi hombro; fruncí el ceño cuando le di la espalda a Ceri para buscar a tientas una tetera bajo la encimera. Oí el suave y familiar tintineo de los bolígrafos, y comprendí que era Ceri ordenando el escritorio de Ivy. Aquellos siglos de esclavitud volvían a aparecer. La mezcla de humilde servidumbre y súbito orgullo en esa mujer hacía que no supiera cómo tratarla.

—¿Quién es? —me susurró Jenks al oído.

Me agaché para rebuscar en la alacena y di con una tetera de cobre tan deslustrada que era casi granate.

—Era el familiar del Gran Al.

—¡El Gran Al! —chilló el pixie, antes de elevarse y aterrizar sobre el grifo—. ¿Es eso lo que estabas haciendo allí? ¡Por los calzones de Campanilla, Rachel, te estás volviendo peor que Nick! ¡Sabes que eso es peligroso!

Ahora podía contárselo. Ahora que se había acabado. Consciente de que Ceri escuchaba detrás de nosotros, eché agua a la tetera y la removí en su interior para enjuagarla.

—El Gran Al no accedió a testificar contra Piscary por la bondad de su corazón. Tuve que pagar por ello.

Con una seca sacudida de sus alas, Jenks se movió hasta situarse delante de mí. Su rostro reflejó sorpresa, incredulidad y luego rabia.

—¿Qué le prometiste a ese tipo? —preguntó con frialdad.

—No es un hombre, es una cosa —respondí—. Y ya está hecho. —No era capaz de mirarle a la cara—. Le prometí convertirme en su familiar siempre que me permitiese conservar mi alma.

—¡Rachel! —Una cascada de polvo de pixie iluminó el fregadero—. ¿Cuándo? ¿Cuándo va a venir a por ti? Tenemos que encontrar una forma de escapar. ¡Tiene que haber algo! —Voló dejando una brillante estela hasta mis libros de hechizos, bajo la encimera central, y volvió—. ¿Pone algo en tus libros? Llama a Nick. ¡Él lo sabrá!

Molesta por su aleteo, tiré el agua del fondo de la tetera. Los tacones de mis botas resonaron con fuerza sobre el suelo de linóleo al cruzar la cocina. El gas prendió con un bufido y mi rostro se acaloró de vergüenza.

—Es demasiado tarde —repetí—. Soy su familiar. Pero el vínculo no es lo bastante fuerte para que me utilice si me encuentro a este lado de las líneas luminosas y, mientras pueda evitar que me arrastre a siempre jamás, no habrá problema. —Me volví desde la hornilla para encontrar a Ceri, sentada ante el ordenador de Ivy, mirándome con una profunda admiración—. Puedo negarme. Está hecho.

Jenks se plantó ruidosamente frente a mí.

—¿Por qué, Rachel? Encerrar a Piscary no vale tanto.

—¡No tuve elección! —Frustrada, me crucé de brazos y me incliné sobre la encimera—. Piscary estaba intentando matarme y, de salir con vida, quería tenerlo entre rejas, no en libertad para que viniera de nuevo a por mí. Se acabó. El demonio no puede utilizarme. He engañado a esa cosa.

—A ese —corrigió Ceri suavemente, y Jenks se giró. Me había olvidado de que ella estaba allí, tan silenciosa—. Al es varón. Los demonios hembra no permiten que las arrastren al otro lado de las líneas. Así es como puedes saberlo. Sobre todo.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Al es macho? ¿Y por qué sigue dejando que lo trate como si no tuviese género?

Ella se encogió de hombros con un gesto de confusión muy contemporáneo.

Dejé salir mi aliento con un suspiro y me volví hacia Jenks. Me sobresalté al encontrarle suspendido justo delante de mis narices, con sus alas enrojecidas.

—Eres estúpida —me dijo, con sus diminutos rasgos fruncidos por la rabia—. Debiste habérselo contado. ¿Y si te hubiera cogido? ¿Qué hay de Ivy y de mí? ¿Eh? Te habríamos estado buscando sin saber lo que había ocurrido. Si al menos nos lo hubieses contado, habríamos sido capaces de encontrar una forma de rescatarte. ¿Llegaste a pensar en eso, señorita Morgan? ¡Somos un equipo y tú simplemente lo has pasado por alto!

Mi inminente arrebató de furia se extinguió.

—Pero no había nada que hubierais podido hacer —dije sin estar convencida.

—¿Cómo lo sabes? —replicó Jenks.

Suspiré, avergonzada de que un hombre de diez centímetros me estuviese regañando, y además con todo el derecho.

—Sí, tienes razón —admití, derrumbándome. Lentamente, descrucé mis brazos—. Tan solo es que... que no estoy acostumbrada a tener a nadie en quien confiar, Jenks. Lo siento.

Jenks descendió un metro debido a la sorpresa.

—¿Estás... estás de acuerdo conmigo?

La cabeza de Ceri realizó un suave giro hacia la arcada. Su vacía expresión se hizo más acentuada. Seguí su mirada hacia el oscuro pasillo, sin sorprenderme de ver allí la ágil silueta de Ivy, con la cadera ladeada y una mano apoyada en su delgada cintura; tenía un aspecto formidable con su ropa ajustada de cuero.

Me retiré de la encimera, incorporándome, súbitamente alarmada. Odiaba cuando ella aparecía así. Ni siquiera había sentido la presión en el aire cuando abrió la puerta principal.

—Hola, Ivy —saludé, con mi voz aún tomada por la desazón de la charla con Jenks.

La inexpresiva mirada de Ivy encajó a la perfección con la de Ceri, al dirigir sus ojos marrones hacia la pequeña mujer sentada en su silla. Se puso en movimiento, actuando con la gracia de un vampiro vivo, sin apenas hacer ruido con sus botas. Tras retirarse su largo y envidiable pelo negro detrás de una oreja, fue hasta el frigorífico y cogió el zumo de naranja. Vestida con sus informales

pantalones de cuero y una camisa negra remetida, tenía el aspecto de una motera que se hubiese vuelto refinada. Sus mejillas estaban enrojecidas por el frío, y ella parecía cómoda, incluso a pesar de que aún llevaba su chaqueta corta de cuero.

Jenks flotaba a mi lado; había olvidado nuestra discusión ante el más acuciante problema de que Ivy hubiese encontrado una visita inesperada en su cocina. A mi última visita la había inmovilizado contra la pared y amenazado con desangrarla; a Ivy no le gustaban las sorpresas. El hecho de que estuviera bebiendo zumo de naranja era una buena señal. Significaba que había superado esa maldita sed de sangre suya, y Jenks y yo solo teníamos que tratar con una vampiresa con remordimientos, en lugar de una vampiresa malhumorada, con remordimientos y hambrienta. Era mucho más fácil convivir con ella, ahora que volvía a beber sangre de nuevo.

—Ah, Ivy, esta es Ceridwen —le informé—. Se va a quedar con nosotros hasta que se acostumbre un poco a todo esto.

Ivy se giró, inclinándose contra la encimera con aspecto atractivo y amenazador, mientras le quitaba el tapón al envase y bebía directamente del cartón. *¿Acaso he dicho algo?* La mirada de Ivy voló sobre Ceri, luego pasó al evidente nerviosismo de Jenks, y finalmente hacia mí.

—Así que... —comenzó a decir; su melodiosa voz me recordaba a la seda grisácea sobre la nieve—. Te has escaqueado de tu acuerdo con ese demonio. Buen trabajo. Bien hecho.

Me quedé con la boca abierta de par en par.

—¿Cómo sabías...? —balbuceé al tiempo que Jenks ahogaba un grito de sorpresa.

Una tenue sonrisa, insólita aunque sincera, elevó las comisuras de su boca. Mostró un atisbo de sus colmillos; sus dientes caninos eran del mismo tamaño que los míos, pero afilados como los de un gato. Tendría que esperar a estar muerta para obtener la versión extendida.

—Hablas en sueños —comentó inadvertidamente.

—¿Lo sabías? —inquirí asombrada—. ¡Jamás dijiste ni una palabra!

—¿«Bien hecho»? —Las alas de Jenks repiqueteaban como una serpiente de cascabel—. ¿Crees que convertirse en el familiar de un demonio es algo bueno? ¿Le has tomado la matrícula al camión que te ha atropellado de camino a casa?

Ivy acudió al armario para coger un vaso.

—Si hubieran soltado a Piscary, Rachel habría muerto a primera hora de la mañana —explicó mientras vertía el zumo—. ¿Así que ahora es el familiar de un demonio? ¿Y qué? Ella ha dicho que el demonio no puede utilizarla, a menos que la arrastre a siempre jamás. Y está con vida. No puedes hacer nada si estás muerto. —Tomó un sorbo de su bebida—. A no ser que seas un vampiro.

Jenks emitió un sonido de desagrado y voló hasta una esquina de la sala para enfurruñarse. Jih aprovechó la oportunidad para salir revoloteando hasta esconderse tras el cucharón que colgaba de la encimera central; las puntas de sus alas lucían un rojo brillante sobre el borde cobrizo.

Los ojos marrones de Ivy se encontraron con los míos por encima de su vaso. Su rostro perfectamente ovalado estaba casi inexpresivo, al ocultar sus emociones tras la fría fachada de indiferencia que mantenía cuando había alguien en la habitación aparte de nosotras dos, incluyendo a Jenks.

—Me alegro de que saliera bien —afirmó al dejar el vaso sobre la encimera—. ¿Te encuentras bien?

Asentí, advirtiendo su alivio en el ligero temblor de sus largos dedos de pianista. Ella jamás me diría lo preocupada que había estado, y me pregunté durante cuánto tiempo habría permanecido en el pasillo, escuchando y recapacitando. Sus ojos parpadearon repetidas veces y apretó los dientes en un esfuerzo por apagar su emoción.

—No sabía que era esta noche —dijo con suavidad—. No me habría marchado.

—Gracias —respondí, pensando que Jenks estaba en lo cierto. Había sido estúpida al no contárselo. Solo que no estaba acostumbrada al cariño de nadie, salvo el de mi madre.

Ceri observaba a Ivy con una profunda y enigmática atención.

—¿Compañera? —aventuró, e Ivy le prestó su atención a la pequeña mujer.

—Sí —afirmó Ivy—. Compañera. ¿Y a ti qué te importa?

—Ceri, esta es Ivy —le dije mientras la chica se ponía de pie.

Ivy frunció el entrecejo al advertir que el estado de minucioso orden en que mantenía su escritorio había sido alterado.

—Era el familiar del Gran Al —la avisé—. Necesita unos días para hacerse a esto, eso es todo.

Jenks emitió un punzante sonido con sus alas, e Ivy me dedicó una reveladora mirada; su expresión cambió a una incómoda desconfianza cuando Ceri se situó ante ella. La pequeña mujer observaba a Ivy desconcertada.

—Eres un vampiro —le dijo, estirando el brazo para tocar su crucifijo.

Ivy saltó hacia atrás con una rapidez sorprendente; sus ojos se volvieron negros.

—¡Oye, oye, oye! —espeté al situarme entre ellas, lista para actuar—. Tranquilízate, Ivy. Ha estado en siempre jamás durante unos mil años. Puede que no haya visto nunca a un vampiro vivo. Creo que es inframundana, pero huele igual que siempre jamás, por lo que Jenks no puede saber lo que es. —Vacilé, comunicándole con los ojos y mi última frase que Ceri era una elfa y, por lo tanto, una bomba de relojería en lo que a magia se refería.

Las pupilas de Ivy se habían dilatado hasta casi tornarse en un total negro vampiro. Su postura era amenazadora e insinuante, pero acababa de saciar su ansia de sangre, por lo que también era capaz de escuchar. Le lancé una rápida mirada a Ceri, y me alegré al ver que, sabiamente, no se había movido.

—¿Todo bien por aquí? —inquirí, exigiendo con mi voz que ambas se calmaran.

Con sus finos labios apretados, Ivy se giró, dándonos la espalda. Jenks aterrizó sobre mi hombro.

—Bien hecho —afirmó—. Veo que tienes a los perros bien sujetos.

—¡Jenks! —espeté, y supe que Ivy lo había oído cuando sus nudillos se tornaron blancos alrededor del vaso. Aparté a Jenks de un manotazo y él, riéndose, se elevó para volver a descender hasta mi hombro.

Ceri permanecía con los brazos confiadamente en su lugar, contemplando como Ivy se ponía más y más nerviosa.

—Ohhhhhhhh —pronunció Jenks de forma deliberadamente pausada—. Tu nueva amiga va a hacer algo.

—¿Eh? ¿Ceri? —pregunté; mi corazón latía con fuerza mientras la mujer menuda se acercaba a Ivy junto al fregadero, claramente llamando su atención.

Ivy se volvió hacia ella con el rostro pálido y tenso por la rabia contenida.

—¿Qué? —dijo sin un ápice de emoción.

Ceri inclinó su cabeza ceremoniosamente, sin apartar ni un momento sus ojos verdes de los de Ivy, que se dilataban lentamente recuperando su color marrón.

—Te pido disculpas —expresó con su alta y clara voz, pronunciando cuidadosamente cada sílaba—. Te he menospreciado. —Su atención cayó sobre el ornamentado crucifijo de Ivy, que colgaba de una cadena de plata alrededor de su cuello—. ¿Eres una guerrera vampiro y aun así puedes llevar la cruz?

Ceri sacudió su mano, y entonces supe que deseaba tocarla. Y también Ivy lo sabía. Me limité a observar, incapaz de intervenir, mientras Ivy se volvía para encararla. Con sus caderas inclinadas, le echó un vistazo más profundo a Ceri, observando sus lágrimas secas, su elegante vestido de baile, sus pies desnudos y su evidente orgullo y altivas maneras. Contuve la respiración cuando Ivy se quitó el crucifijo; la cadena le empujaba el cabello hacia delante al sacárselo del cuello.

—Soy una vampiresa viva —matizó al posar el icono religioso en la mano de la mujer elfo—. Nací con el virus vampírico. Sabes lo que es un virus, ¿no?

Ceri paseaba sus dedos sobre las líneas de la plata tallada.

—Mi demonio me permitía leer lo que yo deseaba. Un virus está matando a uno de mis familiares. No es el virus vampírico. Es otro distinto.

Ivy me lanzó una rápida mirada, y luego se volvió hacia la pequeña mujer, quien permanecía una pizca demasiado cerca de ella.

—El virus me cambió cuando crecía en el útero de mi madre, convirtiéndome en ambas cosas. Puedo pasear bajo la luz del sol y rendir culto sin dolor —explicó Ivy—. Soy más fuerte que tú —prosiguió mientras, sutilmente, ponía más espacio entre ellas—. Pero no tan fuerte como un auténtico no muerto. Y tengo alma —añadió en último lugar, como si esperase que Ceri lo negara.

La expresión de Ceri se volvió vacía.

—Vas a perderla.

Un ojo de Ivy tembló.

—Ya lo sé.

Contuve mi aliento escuchando el tictac del reloj y el zumbido casi subliminal de las alas de los pixies. La delgada mujer sostuvo el crucifijo ante Ivy con solemnidad en sus ojos.

—Lo siento. Ese es el infierno del que me salvó Rachel Mariana Morgan.

Ivy contemplaba la cruz en la mano de Ceri sin emoción alguna.

—Espero que pueda hacer lo mismo por mí.

Me sobrecogí. Ivy había basado su cordura en la esperanza de que existiera algún tipo de magia que fuese capaz de purgar el virus de ella; que lo único necesario sería el hechizo adecuado que le permitiese dejar el camino de sangre y violencia. Pero no lo había. Esperé a que Ceri le contase a Ivy que nadie estaba más allá de la redención, pero lo único que hizo fue asentir, sacudiendo su delicado cabello.

—Espero que así sea.

—Yo también. —Ivy miró el crucifijo que Ceri sostenía ante ella—. Quédatelo. Ya no me resulta de ayuda.

Mis labios se separaron de sorpresa, y Jenks se posó sobre mis grandes pendientes de aro, al tiempo que Ceri se lo colgaba alrededor de su cuello. La plata minuciosamente tallada quedaba bien en contraste con el intenso morado y verde de su elegante vestido.

—Ivy... —comencé a decir, y me agité cuando Ivy entrecerró los ojos y me miró.

—Ya no resulta de ayuda —repitió con firmeza—. Ella lo quiere. Y se lo voy a dar.

Ceri levantó su mirada; claramente aliviada por aquel icono.

—Gracias —susurró.

Ivy frunció el ceño.

—Como vuelvas a tocar mi escritorio, te romperé todos tus dedos.

Ceri recibió aquella amenaza con un despreocupado entendimiento que me sorprendió. Era evidente que ya había tratado antes con vampiros. Me pregunté dónde, ya que los vampiros no podían manipular las líneas luminosas, por lo que serían unos familiares lamentables.

—¿Qué tal un poco de té? —les ofrecí, deseando hacer algo normal. Preparar té no era normal, pero se le acercaba mucho. La tetera estaba hirviendo y, mientras revolvió los armarios buscando una taza lo bastante buena para un invitado, Jenks ahogó una risita, balanceando mi pendiente como si fuera un columpio hecho con un neumático. Sus niños entraban volando en la cocina de dos en dos y de tres en tres, para el fastidio de Ivy, atraídos por la novedosa presencia de Ceri. Revolotearon sobre ella, y fue Jih la que se situó más cerca.

Ivy permaneció junto a su ordenador, a la defensiva y, tras un momento de vacilación, Ceri se sentó en la silla más alejada de ella. Tenía un aspecto solitario y extraviado al acariciar el crucifijo alrededor de su cuello. Mientras me dedicaba a buscar una bolsita de té en la despensa, me pregunté cómo iba a hacer que esto saliera adelante. A Ivy no le iba a gustar la idea de tener otra compañera. ¿Y dónde íbamos a instalarla?

El acusador tintineo de los bolígrafos de Ivy sonó con fuerza cuando reordenó su bote de lapiceros.

—Tengo una —anuncié aliviada al encontrar finalmente una bolsita de té. Jenks me abandonó para incordiar a Ivy, ahuyentado de mi pendiente por el vapor que se elevaba al verter el agua hirviendo en la taza.

—Toma, Ceri —le dije, apartando a los pixies de su lado, y dejé la taza sobre la mesa—. ¿Quieres ponerle algo?

Ella miró la taza como si nunca hubiera visto una antes. Sacudió la cabeza con los ojos muy abiertos. Vacilé, preguntándome lo que había hecho mal. Parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar de nuevo.

—¿Estás bien? —le pregunté, y ella asintió, con la mano temblorosa al coger la taza.

Jenks e Ivy la estaban mirando.

—¿Estás segura de que no quieres azúcar u otra cosa? —insistí, pero volvió a sacudir su cabeza. Su fina barbilla temblaba cuando se llevó la taza a los labios.

Frunciendo el ceño, fui a sacar los granos de café del frigorífico. Ivy se levantó para enjuagar el decantador. Se inclinó acercándose a mí, dejando el agua caer para ocultar sus palabras mientras me hablaba.

—¿Qué le pasa? Está llorando encima del té.

Me di la vuelta.

—¡Ceri! —exclamé—. ¡No pasa nada si quieres un poco de azúcar!

Ella me miró, con lágrimas descendiendo por su pálido rostro.

—No he tomado nada para comer en... mil años —sollozó.

Me sentí como si me hubieran golpeado en el estómago.

—¿Quieres un poco de azúcar?

Todavía llorando, sacudió la cabeza.

Cuando volví a girarme, encontré a Ivy esperándome.

—No puede quedarse aquí, Rachel —dijo la vampiresa, arrugando las cejas.

—Estará bien —susurré, horrorizada de que Ivy estuviera dispuesta a echarla—. Bajaré mi vieja cama plegable del campanario y la colocaré en el cuarto de estar. Tengo algunas camisetas viejas que puede usar hasta que la lleve de compras.

Jenks hizo vibrar sus alas para llamar mi atención.

—¿Y luego qué? —dijo desde el grifo.

Hice un gesto de frustración.

—No lo sé. Ya está mucho mejor. Hace media hora ni siquiera hablaba. Miradla ahora.

Nos dimos la vuelta para encontrar a Ceri sollozando en silencio y bebiéndose el té a pequeños y solemnes sorbos mientras las chicas pixie revoloteaban sobre ella. Había tres que acariciaban su largo pelo rubio mientras otra le cantaba.

—De acuerdo —dije al girarnos de nuevo—. Era un mal ejemplo.

Jenks sacudió su cabeza.

—Rache, de verdad que me siento mal por ella, pero Ivy tiene razón. No puede quedarse aquí. Necesita ayuda profesional.

—¿De veras? —repliqué de forma beligerante, sintiendo que me encendía—. No he oído hablar de sesiones de terapia de grupo para familiares de demonio retirados, ¿y tú?

—Rachel... —me tranquilizó Ivy.

Un repentino grito de las niñas pixie hizo que Jenks se elevase desde el grifo. Su mirada nos ignoró y fue a posarse en sus chicas mientras descendían sobre el ratón, que finalmente había salido disparado hacia el cuarto de estar, encontrándose con su particular infierno personal.

—Disculpadme —nos dijo antes de salir volando para rescatarlo.

—No —le advertí a Ivy—. No voy a dejarla tirada en un manicomio.

—No estoy diciendo que debas hacerlo. —El pálido rostro de Ivy había empezado a tomar color, y el borde marrón de sus ojos se encogía a la vez que el calor de mi cuerpo aumentaba y me hervía la sangre, despertando sus instintos—. Pero no puede quedarse aquí. Esa mujer necesita normalidad y, ¿sabes, Rachel?, nosotras no se la podemos ofrecer.

Tomé aliento para protestar, y luego lo exhalé. Con el ceño fruncido, miré hacia Ceri. Se enjugaba los ojos, con su mano envolviendo temblorosa la taza, lo que producía anillos en la superficie del té. Mis ojos se movieron hacia los niños pixie, quienes discutían sobre quién se iba a montar primero en el ratón. Fue la pequeña Jessie, y la diminuta pixie chilló de emoción cuando el roedor salió disparado de la cocina con ella montada en su lomo. Todos la siguieron dejando un destello de chispas doradas, excepto Jih. Puede que Ivy estuviese en lo cierto.

—¿Qué quieres que haga, Ivy? —pregunté con calma—. Le pediría a mi madre que la acogiera, pero ella misma se encuentra a un paso de ingresar en un manicomio.

Jenks regresó zumbando.

—¿Qué hay de Keasley?

Miré a Ivy, sorprendida.

—¿El anciano que vive al otro lado de la calle? —espetó Ivy con desconfianza—. No sabemos nada acerca de él.

Jenks aterrizó sobre el alféizar, junto al *señor Pez*, y apoyó las manos en sus caderas.

—Es viejo y tiene ingresos fijos. ¿Qué más hay que saber?

Mientras Ceri meditaba, sopesé la idea en mi cabeza. Me gustaba el viejo brujo, cuyo pausado discurso escondía una aguda sabiduría y una elevada inteligencia. Me había suturado después de que Algaliarept me hubiese cortado en el cuello. También había suturado mi voluntad y mi confianza. Aquel hombre artrítico ocultaba algo, y no pensaba que su verdadero nombre fuese Keasley, ni me creía su historia de que disponía de más equipamiento médico que una sala de urgencias porque no le gustaban los médicos. Sin embargo, confiaba en él.

—No le gusta la policía y sabe mantener la boca cerrada —afirmé, pensando que era el idóneo. Entornando los ojos, miré a Ceri, quien hablaba con Jih en un tono muy bajo. Los ojos de Ivy mostraban duda e incomodidad; tomé la iniciativa—. Voy a llamarle —añadí antes de indicarle a Ceri con un gesto que volvería enseguida y me dirigí al salón en busca del teléfono.